



EDITH KURI PINEDA
kurichi1@hotmail.com
Universidad Autónoma Metropolitana. Unidad Xochimilco

RECONFIGURACIÓN DE LA VIDA COTIDIANA DURANTE LA PANDEMIA POR COVID-19
TRABAJO, VIDA DOMÉSTICA Y RELACIONES
DOI: doi.org/10.25009/clivajesrcs.i18.2771

Clivajes. Revista de Ciencias Sociales. Año IX, número 18, enero-junio 2023, pp. 130-151
<https://clivajes.uv.mx/index.php/Clivajes/article/view/2771/4560>
Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales, Universidad Veracruzana

Clivajes. Revista de Ciencias Sociales/ISSN: 2395-9495/IIH-S, UV/Xalapa, Veracruz, México

Recibido: 31/10/2022

Aceptado: 16/11/2022

Dictaminado: 04/06/2023



RECONFIGURACIÓN DE LA VIDA COTIDIANA DURANTE LA PANDEMIA POR COVID-19

TRABAJO, VIDA DOMÉSTICA Y RELACIONES

Edith Kuri Pineda*

Resumen

En este artículo se analiza sociológicamente quiebres y ajustes de la vida cotidiana durante la etapa de confinamiento por COVID-19 en la Ciudad de México, así como modificaciones ocurridas en las relaciones sociales, con base en 16 entrevistas a profundidad hechas a hombres y mujeres en edad productiva e insertos en la economía formal, con el objeto de recabar cambios registrados en los principales dominios de la vida cotidiana —trabajo y hogar— y, con ellos, posibles transformaciones en las interacciones, prácticas y rutinas, además de significados atribuidos a la experiencia de la pandemia. El trabajo es producto de una investigación empírica cualitativa que parte de un conjunto de preceptos teóricos de la tradición fenomenológica, en particular de la óptica analítica de autores como Alfred Schutz, Anthony Giddens y Alicia Lindón. Como se expone, la vida cotidiana constituye una dimensión seminal estructurada socialmente que a la vez moldea el quehacer humano, articulado espaciotemporalmente y cuya institucionalización no excluye dinámicas de creatividad e innovación y representa una esfera vital de reproducción de la sociedad, donde se erigen emociones medulares como la certeza y la confianza, conculcadas durante la pandemia.

Palabras clave: Pandemia, COVID-19, Vida cotidiana, Relaciones sociales, Rutinas

RECONFIGURATION OF EVERYDAY LIFE DURING THE COVID-19 PANDEMIC WORK, HOME LIFE AND RELATIONSHIPS

Summary

This article analyses sociologically breaks and adjustments in everyday life during the period of confinement by Covid-19 in Mexico City, as well as modifications in social relations based on sixteen in-depth interviews with men and woman of productive age and active in the formal economy to collect changes in the main domains of everyday life – in work and home- and with them, possible transformations in interactions, practices and routines in addition to meanings attributed to the experience of the pandemic. The work is the product of a qualitative empirical research based on a set of theoretical precepts of the phenomenological tradition, particularly from the analytical perspective of authors such as Alfred Schutz, Anthony Giddens, and Alicia Lindon. As it is exposed, everyday life constitutes a socially structured seminal dimension, which at the same time structures human activity, articulated spatiotemporally and whose institutionalization does not exclude creativity and innovation dynamics and represents a vital sphere of reproduction of society where core emotions such as certainty and trust, violated during the pandemic, are erected.

Keywords: Pandemic, Covid-19, Everyday life, Social relationships, Routines

RECONFIGURATION DE LA VIE QUOTIDIENNE PENDANT LA PANDÉMIE PAR COVID-19 TRAVAIL, VIE DOMESTIQUE ET RELATIONS

Résumé

Dans cet article on analyse sociologiquement les faillites et les réglages de la vie quotidienne pendant l'étape de confinement par Covid-19 à la Ville de Mexico, ainsi que des modifications survenues dans les relations sociales, en nous basant en dix-sept entretiens à profondeur réalisées à des hommes et des femmes en âge productive et insérés dans l'économie formelle, avec l'objet de chercher des changements registrés dans les principaux domaines de la vie quotidienne – travail et foyer- et, avec cela, des possibles transformations dans les interactions, pratiques et routines, en plus de signifiants attribués à

* Doctora en Sociología por la UNAM, cuenta con un posdoctorado en Geografía realizado en el Centro Geo. Actualmente labora en el Departamento de Relaciones Sociales de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, Ciudad de México, México. Sus principales líneas de investigación son Movimientos sociales; territorio, identidades y memoria colectiva; sociología de las emociones en el marco del poder, la dominación y la resistencia sociopolítica. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores, Nivel 1, desde 2014.

l'expérience de la pandémie. Le travail est issu d'une recherche empirique qualitative qui part d'un ensemble de préceptes théoriques de la tradition phénoménologique, en particulier de l'optique analytique des auteurs Alfred Schütz, Anthony Giddens et Alicia Lindón. Tel qu'on l'expose, la vie quotidienne constitue une dimension séminale structurée socialement, qui à la fois structure la tâche humaine, articulé espace-temporellement et dont l'institutionnalisation n'exclue pas les dynamiques de créativité et innovation et cela représente une sphère vitale de reproduction de la société où s'érigent les émotions médullaires comme la certitude et la confiance, calculées pendant la pandémie.

Mots clés : Pandémie, Covid-19, Vie quotidienne, Relations sociales, Routines

INTRODUCCIÓN

A finales de 2019 en la provincia de Hubei, China, las instituciones de salud reportaron diversos casos sobre el surgimiento de un nuevo coronavirus (SARS-CoV-2), causante de una nueva enfermedad que a la postre fue llamada como COVID-19 por la Organización Mundial de la Salud (OMS). Al paso de las semanas, este virus fue expandiéndose vertiginosamente a lo largo de diferentes naciones del orbe generando una crisis sanitaria, económica, política y educativa de escala global. La pandemia desnudó y agudizó las desigualdades sociales y económicas de carácter estructural existentes al interior de los países —y entre ellos— además de transformar de forma radical la vida cotidiana de millones de personas a partir de una política espacial de distanciamiento físico implementada por las instituciones de salud con el propósito de contener los contagios. Dicha medida representó una serie de modificaciones en las prácticas, rutinas y lazos sociales —particularmente en las relaciones cara a cara— una redefinición de las fronteras entre lo público y lo privado y, con todo ello, la detonación de nuevas experiencias.

El presente artículo es un análisis sociológico sobre la reconstitución de la vida cotidiana durante la pandemia por COVID-19 en la Ciudad de México durante la etapa de confinamiento en 2020 y hasta el inicio del proceso de vacunación en 2021. Las preguntas que guían este trabajo son ¿De qué modo la pandemia por COVID-19 transformó la cotidianidad de las personas en términos laborales y domésticos? ¿Cómo el confinamiento afectó las rutinas, relaciones, prácticas y experiencias espaciotemporales de los informantes? ¿Qué significó la pandemia para los informantes? Para tal propósito, fueron aplicadas 16 entrevistas a profundidad a hombres y a mujeres —15 de ellos residentes en la Ciudad de México y una en León, Guanajuato, México— durante junio y julio de 2022, cuyo rango de edad fluctúa entre los 29 y los 77, todos insertos en la economía formal —en el sector farmacéutico, académico, gubernamental, privado, universitario, en la educación básica y en organismos de la sociedad civil—, y pertenecientes a la clase media. La finalidad de estas entrevistas fue recabar diversos testimonios sobre los quiebres y ajustes de la vida cotidiana a raíz del confinamiento por la pandemia y su dimensión espaciotemporal, emocional y sensorial partiendo de una perspectiva sociológica de corte fenomenológico en la que esta es concebida como una construcción social, cultural e

histórica de naturaleza dinámica cuya constitución está condicionada por factores estructurales como la clase social, el género, la etnia y la edad.

Así, este artículo está organizado en tres apartados: en el primero se desarrollará una problematización teórica sobre la vida cotidiana; en el segundo, se analizará cómo la pandemia por COVID-19 marcó la reconfiguración de dicho plano en la esfera laboral, doméstica, espaciotemporal y en los vínculos, formas de interacción y relaciones sociales; finalmente, se abordará el modo en que este suceso puso en jaque la actitud natural y la seguridad ontológica que funcionan como basamentos de la cotidianidad y, en general, de la realidad social, además de explorar los significados otorgados a la experiencia pandémica.

EL CARÁCTER ESTRUCTURADO Y ESTRUCTURANTE DE LA VIDA COTIDIANA

La vida cotidiana constituye una dimensión seminal para la articulación y transformación de la sociedad. Erigida espacial y temporalmente, es una construcción cultural e histórica que comprende “un conjunto de actividades que caracterizan la producción de los hombres particulares, los cuales, a su vez, crean la posibilidad de la reproducción social” (Heller, 2002, p. 37), reproducción que, no obstante, no exenta la creatividad por parte de los sujetos en su constante interacción, de ahí que se pueda afirmar que la vida cotidiana es un juego de tensión entre reproducción e innovación. Es importante señalar que, en el análisis de esta esfera de la realidad, que es estructurada por el mundo social —al tiempo que lo estructura— se encuentran relaciones de poder y dominación.

Diversas ópticas filosóficas y sociológicas han discurrido sobre la relevancia de la vida cotidiana, como la escuela marxista y la fenomenológica. Más allá de las diferencias heurísticas, un punto convergente es cómo en este plano constitutivo de lo social son las prácticas sociales en toda su heterogeneidad, y particularmente las rutinas, lo que la define. Así, la naturaleza iterativa, recursiva, de la vida cotidiana permite reducir un margen de incertidumbre e imprevisibilidad. Tal como asevera Giddens (1998) las rutinas no sólo son inherentes a la continuidad de la personalidad de los individuos, sino también a las propias instituciones de la sociedad, que son tales en función de su sedimentación y reproducción continuada en el transcurso del tiempo.

En su trabajo, Schutz (Schutz y Luckmann, 2003) plantea que la vida cotidiana se caracteriza por ser una dimensión de la realidad *aproblemática*, donde hay una actitud natural —es decir, donde los agentes no se cuestionan sobre la existencia del mundo tal como lo conocen, su funcionamiento y continuidad— y, por lo tanto, implica lo presupuesto y lo dado. El mundo de la vida cotidiana se nutre de un conjunto de herramientas cognitivas, denominada *acervo de conocimientos*, que orientan a los sujetos para tejer su cotidianidad. Todo *acervo* tiene como

sustrato la sedimentación de experiencias individuales y colectivas que funge como esquemas de interpretación de la realidad ante diferentes acontecimientos. Cuando un suceso resulta inédito, dichos esquemas de significación se ponen a prueba y, en caso de no ser útiles, nuevos conocimientos son desarrollados y muestran su eficacia hasta nuevo aviso. El *acervo de conocimientos* tiene un carácter cambiante y maleable y se erige a partir de la especificidad de los grupos sociales y de factores estructurales: clase, género, edad y grupo étnico. Consecuentemente, el *acervo* es una construcción social articulada a lo largo del tiempo cuyo basamento es la experiencia, y como tal condiciona las vivencias del presente y el futuro. Como dice Heller: “el saber cotidiano de las generaciones adultas es el que hará de fundamento de saber cotidiano de las generaciones sucesivas” (2002, p. 529). Un factor clave para comprender el rol que juega la vida cotidiana en la reproducción social radica en que:

La mayoría de nuestras actividades cotidianas, desde que nos levantamos hasta que nos acostamos, pertenecen a este tipo: son cumplidas siguiendo recetas que se reducen a hábitos automáticos o a trivialidades indiscutidas. Este tipo de conocimiento se refiere únicamente a la regularidad de los sucesos en el mundo externo, cualquiera que sea su origen. Esta regularidad permite prever razonablemente que el sol saldrá mañana por la mañana. Es igualmente regular —y, por lo tanto, puede ser previsto con igual buena razón— que el ómnibus me llevará a mi oficina, si tomo el que corresponde y pago por mi boleto (Schutz, 2003, p. 78).

Como lo explica este pensador austriaco, el mundo de la cotidianeidad constituye un horizonte de certezas y confianza, además de ser una construcción intersubjetiva y no un mero artificio privado. En la reflexión de Schutz, dicho plano está conformado por diferentes regiones: el de los predecesores —aquellos con los que no comparto el mismo plano espaciotemporal, como familiares muertos— los contemporáneos —con quienes no se comparte el mismo espacio, pero sí es mi coetáneo— los semejantes —con los que coexisten espaciotemporalmente— y los sucesores —referente a las generaciones futuras que, pese a su inexistencia, influyen en la conducta presente y en la edificación de expectativas—. Es importante subrayar cómo este entramado de lazos que forman parte de la vida cotidiana también está integrado por las relaciones que los agentes entablan con lo que Latour (1998), desde la teoría del actor-red, define como actantes —ideas, componentes no humanos como la tecnología— cuyo rol va más allá de ser meros depositarios de una carga simbólica, sino que afectan, al tiempo en que son afectados, por los seres humanos. Lussault (2005) define a los actantes como algo que “designa una realidad social cualquiera (por lo tanto, no necesariamente una persona) dotada de la capacidad de contribuir a la organización y la dinámica de una acción individual y/o colectiva. En suma, se refiere a toda entidad definible y distinguible, activa en un proceso social que opera actos” (pp. 142 y 143).

En consecuencia, la vida cotidiana, y la dinámica social en general, supone una compleja red de relaciones afectivas de carácter recursivo entre actantes humanos y no humanos, de ahí que sea necesario precisar la intersubjetividad e interobjetividad como ingredientes ineludibles de la vida cotidiana. Lindón (1999) establece que esta esfera de la realidad cuenta con una serie de regiones: el trabajo, el tiempo libre, la esfera doméstica y las relaciones vecinales. Estos vectores se nutren de prácticas configuradas espaciotemporalmente. Cabe recalcar de qué modo el espacio, en su íntimo e inquebrantable nexo con el tiempo, representa un producto social que, a su vez, es fruto de la acción social y las relaciones y no un mero telón de fondo donde se despliega la dinámica social. En este sentido, se puede aseverar que la dimensión espaciotemporal articula a las sociedades y que el análisis de la vida cotidiana exige considerar este plano no como un elemento accesorio, sino vertebral.

Como se ha expuesto, la vida cotidiana es una construcción intersubjetiva sedimentada por la experiencia y la memoria a lo largo del tiempo y alimentada por numerosas prácticas espaciotemporales y lazos sociales, cabe destacar su heterogeneidad constitutiva en términos culturales e históricos, así como el peso que tienen variables estructurales como la clase, el género, la edad, y lo étnico en su configuración. Consecuentemente, la vida cotidiana de una trabajadora doméstica de una zona periférica de la Ciudad de México será diferente en términos de relaciones, prácticas, desplazamientos espaciotemporales, experiencias y significados con respecto a la cotidianidad de un hombre de clase media inserto en la economía de servicios, por ejemplo. Esta naturaleza dúctil de la vida cotidiana es observable también en un mismo sujeto a lo largo del paso del tiempo, de tal modo que la cotidianidad de un adulto que ha laborado durante décadas será modificada una vez que se retire y con ello nuevas rutinas, relaciones y experiencias espaciotemporales serán edificadas.

Es importante subrayar cómo la vida cotidiana es una fuente de significados y de certezas con implicaciones emocionales, una de las más relevantes es la confianza, afecto estrechamente ligado con la sedimentación, recursividad y carácter *aprobemático* —hasta nuevo aviso— de la cotidianidad. En el próximo apartado se analizará cómo la pandemia por COVID-19 impactó dos de las principales regiones de la vida cotidiana —trabajo y esfera doméstica— de algunos informantes, sobre todo en las transformaciones de los lazos sociales y las prácticas espaciotemporales.

LA PANDEMIA POR COVID-19 Y SU TRASTROCAMIENTO DE LA VIDA COTIDIANA: TRABAJO, VIDA DOMÉSTICA Y RELACIONES SOCIALES

La pandemia por COVID-19 ha representado en todo el mundo una crisis multidimensional al revelar las desigualdades estructurales ya existentes y al profundizarlas. Si bien de origen es un problema de índole biológico y médico, las variables sociales, políticas y económicas resultan

insoslayables de modo tal que es posible hablar de la construcción social de la pandemia si se considera que la movilidad global, nacional y local han sido factores clave en su transmisión y expansión, hecho que ha requerido la intervención de instituciones sanitarias supranacionales así como de las propias autoridades nacionales y locales quienes implementaron una política espacial de distanciamiento encausada a contener los contagios. El notable impacto que el nuevo coronavirus ha generado a diversas escalas territoriales permite observar cómo este constituye un actante no humano, un operador espacial en la realidad que revela la compleja imbricación afectiva entre agentes humanos y no humanos. Como asevera Lussault “siempre hay una parte de humanidad en las operaciones no-humanas” (2007, p. 144).

En México, la política espacial de bioseguridad comenzó con la Jornada Nacional de Sana Distancia, el 23 de marzo de 2020, con duración de tan solo dos meses (hasta el 31 de mayo). Esta política implicó la suspensión temporal de actividades no esenciales, el cierre de espacios de trabajo, centros educativos, culturales, recreativos, deportivos, religiosos y de servicios, buscando el repliegue de los habitantes en la esfera doméstica. También, se promulgaron una serie de medidas de bioseguridad como mantener la distancia física entre las personas al momento de interactuar, el uso de mascarillas, el lavado frecuente de manos, así como la adopción de la etiqueta de salud y estornudo. El 1 de junio, esta jornada nacional fue sustituida por la “nueva normalidad” en la que el uso del semáforo epidemiológico fungió como indicador para la apertura y cierre de actividades a escala estatal (Pastrana, 30 de mayo de 2020). La pandemia en México desnudó la insuficiencia, impericia y desmantelamiento del sistema de salud pública, además de agudizar el desempleo, rezago educativo, el incremento de la violencia hacia las mujeres, la precariedad laboral y la caída productiva y comercial, sin olvidar el número de enfermos y muertos causados por esta nueva patología, amén del aumento de enfermedades mentales¹.

Como se trasluce, la política de bioseguridad desplegada en México significó un rediseño de la vida cotidiana materializado en la adopción de nuevos códigos de proximidad y lejanía socioespacial entre las personas, una nueva relación con los actantes no humanos para proteger la propia salud y la de los demás —el uso de gel para la limpieza de manos, cubrebocas, guantes, tapetes desinfectantes— y el empleo de nuevas tecnologías para, marginalmente, compensar la reducción de la presencialidad, tanto en el ámbito laboral y educativo como en el personal. En suma, la intersubjetividad y la interobjetividad, inherentes a la cotidianeidad, fueron modificadas

¹ Según datos del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS), la pandemia, hasta agosto del 2020, detonó que alrededor de 1,200,000 personas en México perdieran el empleo (Cortés, 12 de agosto de 2020). En tanto, el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), reveló que a raíz de la pandemia 5.3 millones de estudiantes, entre los 3 y los 29 años, abandonaron sus estudios en el periodo escolar 2020-2021, número que representa el 9.6% de la población total que se encuentra en dicho rango de edad. (Deloya, 10 de marzo de 2022). Según cifras del Sistema Nacional de Seguridad Pública (SNSP), durante 2020 se reportaron 220,031 casos de violencia familiar, el número más alto desde 2015; mientras que la Red Nacional de Refugios tiene el registro del incremento del 40% de violencia en contra de las mujeres, en comparación con la atención brindada en 2019 (Galván, 2021). Hasta el 30 de octubre de 2022, el número de individuos que han enfermado de COVID-19 confirmados asciende a 7, 110,993, mientras que la cantidad de personas fallecidas, hasta esta fecha, asciende a 330,392 (COVID-2019, 2022).

en aras de salvar la vida y resguardar la salud. En este sentido, cabe destacar que las diversas regiones constitutivas de la vida cotidiana —trabajo, vida doméstica, ocio— con sus inherentes formas de relacionalidad y prácticas están estructuradas por el espacio y el tiempo, elementos que claramente se observan en las rutinas edificadas a partir de la especificidad de los roles sociales de los actores. Una de las primeras manifestaciones que el confinamiento por la pandemia detonó, fue justamente la desconfiguración de las rutinas sedimentadas y determinadas por las directrices espaciotemporales de lo laboral. Así, los testimonios dados por un profesor de nivel secundaria y una trabajadora de un organismo de la sociedad civil de derechos humanos lo muestran, una vez que dio inicio el trabajo a distancia:

Los grupos de los estudiantes se conservaron, pero los horarios no. Se hicieron ajustes porque hubo maestros que se enfermaron, el maestro enfermo dejaba unas horas que los directivos reacomodaban, también había preferencias en los horarios (...). Mis horarios eran abiertos, porque podía estar hablando con papás a las tres de la tarde, a las seis o a las ocho de la noche. Los directivos en las juntas las exigían. Como que el Estado perdió el control y el margen de posibilidad de autonomía crecía con una sobrecarga de trabajo, pero crecía, esa era la parte que para mí resultó positiva, porque nos obligó a ser creativos a fuerza. (J. Guerrero, comunicación personal, 15 de junio de 2022).

Lo primero que cambió pues fue el trabajo, la rutina de salir, o sea el tener una rutina ya concisa de que a tal hora me levanto porque tengo que llegar, la hora de salida (de casa) era dependiendo del tiempo del trayecto. Evidentemente, mi trabajo se vio muy impactado porque ya no pude viajar, ya no podía ir a los albergues, o sea, el tema de derechos humanos se vio muy afectado, el trabajo que dábamos de acompañamiento se acabó. Y bueno la otra que cambió fueron las fiestas, reuniones, incluso el ver a mis papás, yo iba cada fin de semana a verlos y eso se pausó (P. Pacheco, comunicación personal, 11 de junio de 2022).

Como se observa, el cambio en las rutinas estuvo condicionado por la política espacial de confinamiento que, evidentemente, afectó el marco de interacciones y prácticas espaciales y temporales del día a día. Rutinas centrales como los horarios de dormir, levantarse y comer también se vieron modificadas: “también alteró el ciclo habitual del sueño en el cual podías dormirte medio tarde, pero ahora pues nos dormimos mucho más tarde, quizás hasta las dos de la mañana porque no había que despertarse temprano” (C. Castillo, comunicación personal, 6 de junio del 2022). De esta forma, el trabajo aparece como una actividad clave al fungir como eje vertebrador de la cotidianeidad y de otros quehaceres como el ocio, o bien de las rutinas de cuidado personal: “dormía un montón, dejé de arreglarme, para empezar, dejé de comprarme ropa, no me vestía como suelo vestirme como lo hago ya ahora: maquillarme, peinarme” (P. Pacheco, comunicación personal, 11 de junio de 2022).

El trabajo en casa —en la mayoría de los informantes habilitado por el uso de plataformas digitales— aunque fue un instrumento de disminución de la distancia espacial, y sucedáneo de

la presencialidad, impactó de forma sustantiva las fronteras entre lo público —la esfera laboral— y lo privado. Esta imbricación entre lo público y lo privado o la yuxtaposición de lo que Lindón (2014) define como *outdoor* —lo externo a los lugares apropiados— e *indoor* —relativo al interior de espacios apropiados— representó en diversas ocasiones un desdibujamiento de los límites de los tiempos dedicados al trabajo, al ocio y a la vida familiar: “en la pandemia, al estar en casa, no había chance de darle un respiro a lo público, y viceversa” (J. Guerrero, comunicación personal, 15 de junio de 2022), además de otro tipo de dificultades que, en ocasiones, rebasaban el margen de acción de los empleados:

Lo que sí está terrible en los trabajos es que las instituciones fomenten el trabajo a deshoras, no hay una sola regla sobre mandar WhatsApp, por lo menos en los lugares donde yo he trabajado. Los WhatsApp son de tal a tal hora, los correos electrónicos son de tal a tal hora, porque hay una fascinación malsana por demostrar quién trabaja más, por demostrar quién hace más, por la productividad (A. Jiménez, comunicación personal, 30 de junio de 2022).

Esa indefinición de los horarios de trabajo, como el testimonio lo muestra, estaba inserta en relaciones de poder de índole laboral y desembocaba en abusos y en una notable sobrecarga de responsabilidades. En el caso de las mujeres, dicha situación se agravaba en virtud de que en ellas recaía la mayor carga de quehaceres domésticos y de cuidados —dada la división sexual de trabajo patriarcal dominante— (C. Tello, comunicación personal, 5 de julio de 2020). Esta imbricación de lo público y lo privado exige desnaturalizar analíticamente las fronteras materiales y simbólicas entre ambas esferas, considerando cómo dichos ámbitos son construcciones históricas y sociales cambiantes cuya delimitación no debe darse por sentado y donde lo privado cobra sentido a partir de lo público, y viceversa. Históricamente, la traslación del mundo del trabajo al reino de lo público, en gran parte estuvo condicionado por el crecimiento del capitalismo industrial, proceso acelerado durante el siglo XX donde, como señala Prost (1989), el trabajo en la fábrica —es decir la construcción expreso de un espacio dedicado únicamente a tal actividad— facilitaba definir y saber cuándo iniciaban y finalizaban las labores. A manera de hipótesis, se puede sostener que en la pandemia el hecho de que el hogar se haya convertido en sede de lo público y lo privado —de su imbricación— influyó en las dificultades que tenían los informantes para separar los tiempos y las actividades propias de ambos ámbitos. Como agudamente observa Prost, al referirse a la época donde el trabajo a destajo y a domicilio predominaba en las primeras etapas del capitalismo: “la indiferenciación del espacio implicaba la del tiempo” (1989, p. 23), afirmación que revela la importancia medular de la dimensión espaciotemporal en la definición y desarrollo de las prácticas de la vida cotidiana.

Al ser la casa el centro de las actividades familiares, domésticas, laborales y de ocio, la división funcional del espacio se convirtió en un aspecto de gran relevancia para poder desempeñarlas lo mejor posible, particularmente las vinculadas con el trabajo. No obstante, la

propia configuración material de los hogares fue un factor que en muchas ocasiones obstaculizó este proceso:

No tenía espacio. Instalé mi espacio de trabajo en la mesa del comedor, puse mi computadora personal, un monitor adicional, compré una tableta gráfica para dibujar durante las presentaciones que son más de escribir con la mano, que escribir con el teclado y ahí en la mesa del comedor fue donde hice todas mis presentaciones y di mis clases y, por supuesto, no es un espacio ni óptimo, en ningún sentido, era incómodo y ahí estorbando en la mesa del comedor, ahí comiendo las otras personas con las que vivo y yo ahí hablando o intentando concentrarme, pues no, no había espacio (A. Karam, comunicación personal, 19 de junio de 2022).

Esta indiferenciación funcional del espacio desembocaba en conflictos sobre los desplazamientos y ruidos que los cohabitantes generaban, sobre todo en los casos donde la conexión a través de alguna plataforma como Zoom o Google Meet formaba parte de las exigencias laborales. Resulta preciso puntualizar cómo el ingreso económico condicionaba la calidad de conexión a internet y el contar con un espacio propio para poder estudiar o trabajar:

Las broncas de los alumnos eran realmente dolorosas y dramáticas, de ver niños que me llegaban a decir: “maestro no voy a poder estar a esa hora en la clase porque mi hermana también tiene clase, en la primaria usamos el mismo celular para tomar clase o la misma máquina, o *Tablet*” (J. Guerrero, comunicación personal, 15 de junio de 2022).

De esta forma, el orden social que se refleja en el orden espacial resultaba evidente durante la cotidianeidad erigida en el confinamiento. Si bien el trabajo desde casa no es un fenómeno exclusivo de la pandemia, esta condicionó su expansión en aquellas labores en las que sí era factible su implementación, como en el rubro académico, de servicios y educativo. Independientemente de los diferentes oficios desempeñados por los informantes, la mayoría de ellos identifican que realizar desde su hogar quehaceres profesionales representaba una serie de ventajas de índole espaciotemporal, además de otros beneficios, tal como lo expone un académico:

El *home office* tiene más cosas buenas que malas. Tiene muchas cosas buenas pues no tienes que dedicarle demasiado tiempo a transportarte, no tienes que perder el tiempo socializando con personas con las que no quieres socializar o no puedes socializar o no estás en condiciones de socializar. Puedes escoger mejor cuándo y con quién quieres socializar ¿no? Puedes decir: “bueno, a la distancia yo puedo decir quién sí va a entrar y quien no va a entrar en mi espacio ¿no? Vamos generando una liga de Zoom ¿no?” Eso te da mucho control sobre esos procesos, (eres) mucho más selectivo y eso también está bien. No dedicarle mucho tiempo al transporte, mayor selectividad, poder dedicar mayor tiempo a tu trabajo y balancear los tiempos entre trabajo y vida familiar. También te libera de mucho tiempo para poderle dedicar a los quehaceres del hogar, a estar con tus hijos o irte al parque con ellos ¿no? porque terminaste el

trabajo en casa, lo único que tienes que hacer es cerrar la computadora y decirle a tus hijos: “vámonos a pasear, vámonos al parque, vamos a no sé qué” en vez de dedicarle una hora y media de traslado del trabajo a tu casa para llegar completamente tronado y tus hijos te pidan atención y tú digas: “no, gracias, ya no quiero hacer nada, mejor veamos una *pelí*” (M. Cerva, comunicación personal, 20 de julio de 2022).

Sin embargo, la imbricación entre lo público y lo privado —entre las responsabilidades laborales y domésticas y de cuidados— para otros agentes significó un problema para focalizar la atención en el trabajo (C. Castillo, comunicación personal, 6 de junio de 2022) y con ello un decrecimiento en la productividad. Otra desventaja identificada se fundamentaba en la valoración de la presencialidad como un componente ineludible en la interacción social y emocional, como menciona un profesor de educación básica:

El trabajo a distancia es un gran medio, el rey de los medios, si se quiere en la lejanía, pero hay quien le quema incienso y dice “¡esto es!” y yo creo que sin lo vivencial el medio se queda como fin en sí mismo y no rinde sus frutos. La educación es para seres humanos, en la interacción humana (...) ¿Qué computadora, qué sistema virtual va a sustituir esa vida de contacto, de los romances, de los amigos, del conflicto, de socializar, de la convivencia que se genera en su vida si los mantienes a distancia en todas las etapas? (J. Guerrero, comunicación personal, 15 de junio de 2022).

Otros informantes han señalado que pese a las ventajas y comodidades que puede ofrecer el trabajo a distancia, el uso de la tecnología, como el correo electrónico, en vez de agilizar la comunicación y la toma de decisiones, podía ralentizar estos procesos, comparado con la dinámica cara a cara en la cual la inmediatez espaciotemporal posibilita resolver problemas de forma más ágil. En esta tónica, hay quienes encuentran en la presencialidad una vía de movilidad laboral, de ascenso (F. Hall, comunicación personal, 12 de junio de 2022). Con la apertura gradual de actividades educativas y laborales, algunos agentes han resignificado las relaciones cara a cara bajo la impronta de la experiencia telemática: “Lo que tiene que ser acordado es mucho más rápido ahora en lo presencial, sino más rápido es más fácil, es lo humano, lo social, el tú a tú. Hablan los gestos, el cuerpo, todo. En cambio, por Zoom pues no. Como dice el meme “hay reuniones que pudieron haber sido un correo” y creo que sí (P. Pacheco, comunicación personal, 11 de junio de 2022).

Por otro lado, la casa siguió fungiendo como el corazón del quehacer doméstico. Según el testimonio de varios informantes, las tareas de limpieza y cuidado fueron reasignados con el propósito de evitar que dichas responsabilidades recayeran exclusivamente en las madres o esposas, y en otros casos, se agudizó la inequidad de género ya existente. Sin embargo, en algunos casos las labores domésticas más que una carga eran una vía para contener el tedio fruto del confinamiento, la incertidumbre y el peso de las exigencias profesionales:

(Lo doméstico) sí, sí me distraía, me funcionaba como una especie de escape y de repente sentía yo que le consagraba más tiempo y que la razón era escapar de la realidad, era una especie de fuga, como pueden ser los divertimentos o hasta los consumos de estupefacción, a mí me pasaba que me esmeraba mucho en eso, me iba muy lejos por conseguir el mejor pollo para preparar un caldo casero y entonces me veía que me había dedicado mucho a eso (C. Carso, comunicación personal, 8 de julio de 2022).

Otra dinámica detonada por el encierro, fueron los procesos de reapropiación de la casa en función del aumento de tiempo ahí transcurrido: “otra de las actividades que hacíamos durante la pandemia era subirnos a la azotea, nos subíamos allá a correr con el niño, una vez compramos una piscinita y ahí nos metíamos los tres, íbamos a la azotea a jugar, digo, jamás pensé que la azotea iba a ser un lugar del que yo me pudiera apropiar también y eso, como dicen, llegó para quedarse” (F. Ramos, comunicación personal, 20 de julio de 2022). Para otros individuos, la casa representó un espacio insuficiente para la convivencia cotidiana durante el confinamiento, de ahí que se tomara la decisión de mudarse en la búsqueda de un lugar con un mayor margen de independencia y privacidad para todos los integrantes de la familia (M. Cerva, comunicación personal, 20 de julio de 2022).

La política espacial de bioseguridad implicó el acotamiento de los lazos sociales labrados en el circuito laboral, familiar y de amistades. La traslación de lo público a lo privado significó una reducción de los contextos de interacción estables en los que los agentes, antes de la pandemia, habían erigido su vida cotidiana —oficinas, escuelas, bares, restaurantes, etcétera—. Con base en Simmel (2015), se puede afirmar que la vida social constituye un amplio gradiente de proximidad y lejanía en lo material, social y simbólico. La pandemia justamente supuso una reconfiguración de este espectro de cercanía y distancia, dadas las directrices de bioseguridad establecidas por las autoridades sanitarias y acatadas por la población. Cantó, González, Martínez, Moncunill y Seebach (2021) efectúan una distinción conceptual sobre la modulación de los lazos sociales: a) relaciones, que a partir de Simmel son pensadas como el hilo entre dos o más personas y/o actantes marcados por los efectos recíprocos; b) interacción, caracterizada por la inmediatez espaciotemporal, se trata de las relaciones cara a cara; c) vínculos, son aquellos que cuentan con una intensidad, frecuencia, relativa duración y significación emocional para los involucrados, de forma tal que cobran una connotación positiva o negativa —cariño, animadversión, odio, amor— y que por momentos se puede materializar en una interacción, en una relación cara a cara, y en el que pese a la muerte, el vínculo puede permanecer cargado de significación gracias a la memoria. Contrastando esta taxonomía teórica con la facturada por Schutz (2003), se aprecia cómo la interacción equivale a la relación entre semejantes donde gracias a la “comunidad del espacio y el tiempo estamos sintonizados” (Schutz, 2003, p. 48); en tanto que el dominio de los predecesores remite a la noción de vínculo. Si un lazo social está

revestido de afectividad de diversa naturaleza y por momentos la interacción es interrumpida de modo tal que se torna en un nexo entre contemporáneos, entonces existe también una cercanía conceptual entre este concepto y la noción de vínculo.

Sostengo que las relaciones, los vínculos y la interacción —y las diferentes regiones de la realidad estudiadas por Schutz— durante el confinamiento por COVID-19 fueron reconfigurados. Así pues, en la medida en que el distanciamiento físico se convirtió en una medida prioritaria en aras de resguardar la vida y la salud, los vínculos y las relaciones no podían cristalizarse espaciotemporalmente en interacciones. Por su parte, las interacciones también fueron afectadas:

Con mi pareja de ese entonces, por ejemplo, a él lo dejé de ver cuatro meses, porque yo no salía para nada, porque él sí tenía que salir a su oficina, así que no nos vimos durante cuatro meses, y con él fue así como, ya sabes, llegamos a hacer lo de ver películas a distancia al mismo tiempo y era “ponle *play* al mismo tiempo, mientras yo acá le muevo, y vamos comentando la película en videollamada”. O de repente sí nos llegábamos a echar chelas a larga distancia y pues hablábamos toda la noche (V. Pacheco, comunicación personal, 28 de junio de 2022).

Como se advierte, las interacciones fueron impactadas no sólo por la suspensión de la copresencialidad, sino también por la mediación de la tecnología —redes sociales y plataformas digitales— que servían como paliativo ante el distanciamiento físico. Si bien Schutz (2003) resalta la diferencia entre interacción e intimidad —donde no toda relación cara a cara representa un lazo estrecho— el testimonio citado ilustra cómo la intimidad que reviste a un vínculo de pareja se vio trastocada. Por ende, la relación entre semejantes— también llamada por Schutz (2003) como Nosotros— se transfiguró en un lazo entre contemporáneos —en donde solo se comparte la misma línea temporal—. El peso de la tecnología como factor que facilitaba y mediaba en la interacción, revela de forma nítida la importancia de los actantes no humanos en la vida social, mediación que, a fin de cuentas, posibilitó que el vínculo sentimental entre individuos se mantuviera activo en el confinamiento: “traté de estar con buen ánimo, tratar de tener contacto, aunque fuera por mensajes, con las amistades” (S. de la Fuente, comunicación personal, 20 de julio de 2022).

El hecho de que amigos y familiares con quienes se convivía con frecuencia enfermaran de COVID-19 —y que hasta fallecieran por esta patología, o bien por otra— desembocó que aquel nexo entre semejantes se tornase en una relación entre contemporáneos y, en caso de deceso, en un vínculo con los predecesores, activo gracias a la memoria. La transición entre las diferentes modalidades de lazos sociales —en el gradiente de proximidad y distancia— revela su carácter fluido y cambiante.

Cabe puntualizar cómo dada la propia particularidad del contagio por coronavirus —a partir de la movilidad y la cercanía— familiares y amigos de personas hospitalizadas por esta

enfermedad no pudieron visitarlas y que, frente a su fallecimiento, la realización de rituales de despedida —medulares para la elaboración social del duelo, como un velorio, definido por la interacción física y emocional en un espacio determinado— fueron seriamente afectados. En suma, la política espacial de bioseguridad impactó no sólo la modulación de proximidad y lejanía en la vida cotidiana, sino también a aquellos sucesos extraordinarios —como es la muerte de un ser querido— y sus prácticas ritualísticas de memoria.

A la par del acotamiento espacial e interaccional con quienes no se residía, el confinamiento también supuso una densificación de las relaciones cara a cara con quienes se compartía el hogar:

Soy muy dado a salir, entonces de pronto pasar más tiempo con mi papá y con mi mamá era raro, muy raro, pasar todo el tiempo viéndolos sí fue un proceso raro al principio. Y pues hubo una especie de resignificación en el sentido de acostumbrarme ahora a esta nueva dimensión, a este contacto. Al principio era difícil porque incluso sentíamos como no sé, de pronto sí había conflictos, discusiones por tonterías, pero era porque no estábamos acostumbrados a convivir tanto tiempo (S. de la Fuente, comunicación personal, 20 de julio de 2022).

Esta densificación de la interacción en ocasiones detonó conflictos y problemas. Ante este escenario, nuevos códigos de interacción y procesos negociación fueron planteados (A. Karam comunicación personal, 19 de junio de 2022). En el próximo apartado se explorará cómo la pandemia representó la ruptura de un sentimiento de confianza estructural y banalidad, nodales para la continuidad de la vida social.

LA PANDEMIA POR COVID-19: FISURAS EN EL HORIZONTE DE CERTEZAS

La pandemia puede ser vista como un suceso de naturaleza extraordinaria que al romper con la recursividad de la vida cotidiana evidenció aún más —como en el caso del incremento de la violencia ejercida contra mujeres— la normalización de diversas formas de relación. En otros términos, los hechos extraordinarios e imprevistos pueden fungir como un espejo que desnude cómo opera la normalidad social². Lalive d' Espinay (como se citó en Lindón, 1999) afirma que la cotidianeidad se compone de acontecimientos previsible que son significativos para los individuos, en contraste, hay hechos no predecibles que pueden alterar el ritmo de la vida cotidiana denominadas como perturbaciones. Así, la pandemia fue una perturbación dada su imprevisibilidad y capacidad de dislocación de rutinas, formas de relacionalidad, prácticas,

² Así, por ejemplo, un evento fuera de la vida cotidiana, extraordinario, como un terremoto que genera la destrucción de edificaciones y la pérdida de vidas, desnuda la impericia e insuficiencia gubernamental en la elaboración de políticas de prevención de desastres y de protección civil, así como las irregularidades y los actos de corrupción en los permisos de construcción de edificios en zonas de alto riesgo, situaciones no evidentes para los ciudadanos en el plano del día a día.

experiencias espaciotemporales, además de la delimitación entre lo público y lo privado. Como se expuso, el sector no problemático de la vida cotidiana sigue siéndolo solamente hasta nuevo aviso, o sea, hasta que algún problema emerge interrumpiendo el sentido de banalidad y previsibilidad del día a día. Cuando ello acontece, los agentes recurren al conjunto de conocimientos socialmente facturados que posibilitan restablecer el orden *aprobemático* de la cotidianidad. Al respecto, afirma Schutz:

En el hogar hasta las desviaciones respecto de la vida rutinaria cotidiana son dominadas de una manera que es definida por el estilo general en que las personas del hogar encaran las situaciones extraordinarias. Existe una manera —una manera probada— de enfrentar una crisis en la vida del trabajo, de dirimir problemas familiares, de establecer la actitud que se ha de adoptar ante la enfermedad e incluso ante la muerte. Formulado de manera paradójica, hasta existe una manera rutinaria de tratar lo novedoso (Schutz, 2003, p. 110).

Sostengo que la pandemia inicialmente representó un horizonte de problematicidad, en el que los actores —incluyendo los científicos— carecían de conocimientos puntuales y solventes para afrontar el terreno de lo desconocido y la incertidumbre que significaba esta nueva enfermedad. Aquellas viejas recetas y tipificaciones labradas socialmente a lo largo del tiempo resultaban insuficientes para los agentes frente a la necesidad imperiosa de protegerse:

La sensación de no saber si se están haciendo las medidas necesarias para evitar contagios, no saber si tienes que lavar o relavar lo que compraste o si es necesario hervir todo. En ese tiempo, incluso, las cosas que se traían del mercado, dudábamos si tenían que lavarse o bien cocer o hasta qué punto tenías que echarle alcohol a todo, entonces pues no sabíamos qué hacer (A. Karam, comunicación personal, 19 de junio de 2022).

Los hallazgos científicos y su difusión a través de medios informativos y redes sociales desembocaron en la constitución de un nuevo *acervo de conocimientos* dirigido a resguardar la salud y la vida de la población. Este nuevo acervo comenzó a ser incorporado en la vida cotidiana de millones de personas y representó además el despliegue de nuevas habilidades sociales en la interacción —como el saludo y mantener la distancia entre los sujetos—. Asimismo, fueron edificadas otras modalidades de *acervo de conocimientos* que posibilitaban desarrollar las actividades laborales, educativas y de ocio:

Al principio fue difícil porque era acostumbrarme a usar la plataforma, según era por Zoom, pero terminé usando Google Meet, porque se me hizo más fácil. Evidentemente, había fallas técnicas y las fallas del internet que de pronto se alentaba un poco, donde se pasaba la imagen y el audio. Fue complicado al principio, pero afortunadamente los alumnos fueron pacientes, eso facilitó bastante el trabajo, pero sí fue algo nuevo (...). Las primeras clases fueron un poquito complicadas, pero después ya con el apoyo de algunos de los alumnos, sobre todo de

uno que me apoyó bastante, ya logré salir adelante (S. de la Fuente, comunicación personal, 20 de julio de 2022).

El uso de tecnologías de la información implicaba una relación entre actantes humanos y no humanos encaminada a dirimir las diferentes necesidades y problemas del día a día durante el confinamiento. La articulación de estos nuevos acervos en materia tecnológica y de bioseguridad evidencia no sólo su carácter dinámico y flexible, sino también su naturaleza práctica, el que posibiliten resolver problemas emergentes. Por ende, amén de la constitución de nuevas prácticas, relaciones sociales y directrices espaciotemporales, la cotidianidad también se alimenta de acervos novedosos, lo cual ilustra que, pese a la sedimentación y reiteración de este plano de la realidad, la creatividad, innovación y un relativo margen de agencia en los sujetos la atraviesan.

Como se ha mencionado, la actitud natural —el hecho de que se dé por sentado la existencia y funcionamiento de la realidad— les brida a los sujetos un sentido de certeza. Desde la perspectiva de Giddens (1998) son justamente las rutinas las que se vinculan con la necesidad de contar con un terreno de confianza medular que este sociólogo define como seguridad ontológica, es decir, la interpretación y la actitud confiada de la continuidad del mundo y del propio ser envuelto en la duración de la vida cotidiana. Giddens enfatiza que el imperio de una rutina se quiebra en las circunstancias donde justamente la vida cotidiana se rompe. El concepto de seguridad ontológica remite a un sistema de seguridad basal, vertebral, a una confianza estructural que les permite a los agentes en sociedad la continuación de su hacer. Resulta claro cómo la seguridad ontológica mantiene una relación estrecha con la actitud natural, vínculo que remite a la certeza elemental y obvia de que el mundo —parafraseando a Schutz y a Luckmann (2003)— ha existido antes de mi nacimiento, existía antes de la llegada mis hijos y la seguridad de que ya existía antes de que nacieran mis bisabuelos. Bajo este argumento, la desconfiguración de las rutinas y de la vida cotidiana durante la pandemia representó para varios informantes la transmutación de un horizonte de certezas, previsibilidad y continuidad, a uno sellado por la incertidumbre:

Fui perdiendo la capacidad de estar calmado, porque bueno todas las implicaciones que tuvo el estar escuchando la información del diario, todos los días en la tarde, la conferencia esa, estar escuchando que, si se enfermó aquí, que, si se enfermó allá, yo de inicio padezco problemas respiratorios, de toda mi vida, era siempre estar un poco alerta acerca de si lo que tenía o sentía era enfermedad mía o no. Todo esto me fue destruyendo poco a poco, y la primera manifestación era que ya no podía dormir, tengo ganas de decir de no dormir bien, pero es que a veces ni siquiera era dormir ni bien, ni mal. Entonces mi rutina se fue, yo ya no tenía una rutina, lo único que sabía es que había días que daba clases, esos días siempre los atendí y que había momentos, en el ínter, que tenía que preparar las clases, leer, calificar y demás. Digamos que la única rutina que mantenía para saber si era lunes, o martes o miércoles eran los días en

que tenía que dar clases y los demás si era día, noche o madrugada no me enteraba de nada (A. Karam, comunicación personal, 19 de junio de 2022).

En principio, te podría decir que mi rutina era exactamente la misma, excepto sin vestirme para dar clases y tomar el auto y demás, era la misma, pero se fue transformando con bastante claridad, yo diría que con el paso de pocos días cambió a una rutina muy afectada por los problemas de sueño ¿no? tenía en las mañanas muchos problemas por haber tenido insomnio muy grave y trataba, a veces, de recuperar el tiempo o a veces trabajaba un poquito y me cansaba y dormitaba o intentaba dormirme y eso se extendía, entonces ahí sí se vio muy cuatrapeada, muy alterada la dinámica normal, en particular de las mañanas y esa sería la razón que yo veo que el insomnio eran tan creciente, tan presente, tan constante que las mañanas yo las vivía paliando el insomnio (C. Carso, comunicación personal, 8 de julio de 2022).

Así, durante la pandemia el quebrantamiento del carácter rutinario, predecible y secuencial de la vida cotidiana; el hecho de que el otro fuera visto como una posible fuente de contagio y, por tanto, como sujeto de desconfianza; el exceso de información —mucho de ella sin sustento científico y con un toque alarmista— el acotamiento espacial y de la interacción social —y, a la vez, la densificación interaccional con quienes se compartía el hogar— los cambios en la esfera laboral; la relación que, para muchos, resultaba extraña con actantes no humanos —como la tecnología y el cubrebocas—; la incertidumbre sobre cuánto tiempo más se prolongaría el confinamiento; la preocupación latente de perder el empleo y la amenaza y temor constante de enfermar o morir, se conjuntaron para coartar la seguridad ontológica. Como dice Giddens:

La ruptura y el ataque deliberado sobre las rutinas ordinarias de la vida producen un alto grado de angustia, un despojo de las respuestas socializadas que se asocian con la seguridad del manejo del cuerpo y con un marco predecible de vida social. Ese brote de angustia se expresa en modos regresivos de conducta, que atacan los fundamentos del sistema de seguridad básica cuya raíz es una confianza manifestada hacia otros (1998, p. 97 y 98).

La pandemia constituyó una perturbación de la continuidad del mundo tal como se conocía para muchos agentes sociales, de ahí el cuarteamiento de su seguridad ontológica. Todas estas modificaciones evidentemente están cargadas de sentido, en el que se imbrican emociones, creencias, razones, valores y sensorialidades. Este plexo de significación labrado a partir del marco de estructuras, prácticas y relaciones sociales orientan la acción social, cultural y política a diversas escalas y de ningún modo son elementos accesorios en la vida social:

Con la presencia del hombre, el universo adquiere además de las cuatro dimensiones de espacio y tiempo una quinta: la dimensión de la vivencia, de la conciencia, de la experiencia o como quiera llamársele. Todo cuanto sucede en el radio de acción del hombre podría ser

experienciable y representable mediante símbolos de factura humana y requerirá ser determinado no sólo por cuatro, sino por cinco coordenadas (Elias, 2010, p. 96).

El carácter perturbador de la pandemia representó una experiencia colectiva que, como tal, está imbuida de diversos significados dependiendo de la particularidad de las condiciones materiales y subjetivas de los actores. Para algunos, fue un hito que posibilitó revalorar el ritmo de la vida personal inserto en una vida cotidiana sellada por el carácter vertiginoso del tiempo en las sociedades contemporáneas. Al respecto da su testimonio una académica de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y médica en el sector privado:

Para mí fue parar al mundo, se tenía que parar al mundo, el mundo tenía que parar para poder revalorar lo que tienes, poder revalorar qué es lo que haces, en qué te tomas el tiempo, los minutos de tu vida y para mí fue algo positivo. A pesar de que murió muchísima gente y muchos de mis colegas y amigos murieron, para mí fue parar: Gaby es la que se para a las siete de la mañana y termina de trabajar a las nueve de la noche y yo no quiero una Gaby así, yo quiero una Gaby que disfruta a su familia, que se acerca a su familia, que esté con sus seres queridos, que esté con sus amigos, que salga, que disfrute y que se divierta. A mí la pandemia me cambió la vida completamente: me cambió los horarios, me cambió todo, y eso lo sigo conservando y no por la pandemia, sino por mí (G. Vila, comunicación personal, 1 de julio de 2022).

Para otros informantes, la experiencia pandémica significó una revaloración del espacio público como un territorio de encuentro y socialización (M. Cerva, comunicación personal, 20 de julio de 2022) lectura condicionada por el acotamiento espacial e interaccional; otros, han identificado cómo este periodo evidenció las notables desigualdades sociales y económicas existentes, recrudecidas en la pandemia, y como tal, son reconocidos los propios privilegios de clase al poder sobrellevar el encierro en condiciones óptimas de higiene, acceso a la salud, empleo formal estable y apoyo emocional de familiares, todo ello, pese al sufrimiento detonado por la pérdida de seres queridos (G. Morales, comunicación personal, 18 de julio), interpretación de carácter político y social que se mezcla con el significado otorgado a los cambios en la rutina familiar.

En su análisis sociológico sobre el tiempo, Elias (2010) plantea que es una construcción cultural e histórica que ha ganado un importante margen de autonomía frente al desarrollo de las sociedades modernas y su inherente complejización fruto de la urbanización, mecanización y comercialización, dinámicas que han coadyuvado a que sea fetichizado. Para este pensador, el tiempo es un dispositivo de orientación de la vida social —aserción que también puede ser aplicada al referirnos al espacio— cuya concepción, medición y experiencia ha cambiado a lo largo de la historia: mientras que por siglos el sol, la luna, el cambio de las estaciones fungían como indicadores del transcurso del tiempo, a raíz del surgimiento de las sociedades modernas, sus instrumentos de regulación y de medición dependen de artificios sociales. Según Elias el tiempo

es un concepto que muestra la facultad humana para desarrollar una noción de conjunto de aquellos sucesos que se dan más temprano o más tarde, antes o después, y por tanto que son identificados como no simultáneos. Lo que se ha definido como tiempo constituye un marco de referencia que sirve a los grupos humanos para construir hitos reconocibles, dentro de una serie constante de cambios del respetivo grupo social o también para comparar una determinada fase de un flujo de hechos con respecto a otras fases. Como puntualiza Elias, al paso de la historia han sido instituidos diferentes hitos temporales —el movimiento lunar; hechos históricos de enorme huella como el nacimiento de Cristo o de Mahoma; desastres naturales como terremotos; revoluciones sociales; periodos de ejercicio del poder estatal como reinados; así como la misma vida humana que puede ser un referente de medición de otros sucesos— que denomina *continuum*. Con base en lo anterior, sostengo que la pandemia por COVID-19 representa precisamente un *continuum* dada la significación atribuida a este acontecimiento, lectura que va más del circuito de la experiencia personal y familiar:

Sí es una cosa extraña que compartes con la humanidad, que haya algo que envuelve el poder compartir esto, aunque haya muchas diferencias, aunque creo que eso nos puso en una igualdad tremenda (...) se me hacía muy fuerte el llamar amigas en España o en Colombia y dijera “¿cómo vas? ¿cómo va la pandemia?” Y te contaran “no, a mí me dio esto”. Estaba el tema más común, que más nos pudo unir fue la pandemia, eso no quiere decir que se borraran todas las diferencias, pero que el tema en común en China, en Japón fuera la pandemia, me parece muy fuerte. Me parece extraordinario, muy loco. Fue histórico, es decir dices esto es histórico. Por primera vez, no son solo marcas a nivel nacional, como una revolución o algo así, incluso una guerra. Esto fue para todos los lados, así que la pandemia me sigue pareciendo sorprendente (P. Pacheco, comunicación personal, 11 de junio de 2022).

CONCLUSIONES

Como se ha expuesto, la vida cotidiana constituye una dimensión fundamental en la estructuración y reproducción del mundo social. Pese a su profunda institucionalización, este plano está sujeto a distintas formas de innovación y creatividad por parte de los agentes sociales. La sedimentación y carácter iterativo de aquello que la alimenta —las prácticas sociales— junto con la edificación de un *acervo de conocimientos* facturado a lo largo del tiempo y heredado de generación a generación coadyuvan a la constitución de su carácter *aprobemático* y de un horizonte de certidumbre de que la realidad es tal como lo conocen los individuos, ordenada y coherente. La diversidad de mundos de la vida cotidiana está condicionada por factores como el género, la clase social, la edad y la coyuntura cultural e histórica.

La expansión territorial de la enfermedad de COVID-19 a lo largo del orbe exigió la implementación de una política espacial de bioseguridad centrada en acotar los espacios de

interacción estables de las personas y, con ello, el acotamiento de relaciones cara a cara, de forma tal que el espacio doméstico se convirtió en la sede de actividades laborales, educativas, de ocio y familiares. Con base en las entrevistas a profundidad efectuadas, se pudo observar cómo dichas medidas afectaron la articulación de rutinas previas al encierro —cuya raigambre se relacionaba con el trabajo llevado a cabo en la esfera pública— lo cual significó que prácticas medulares, como la hora de dormir, fueran alteradas, amén de la imbricación del espacio público y del privado en el hogar y la dificultad para definir límites a los tiempos laborales, familiares y de ocio.

Con base en Simmel, y en Cantó et al, se afirmó que la pandemia significó una reconfiguración de la modulación de las relaciones de proximidad y lejanía, afectando particularmente la interacción social y, siguiendo a Schutz (2003), se desarrolló cómo esto implicó que muchos de los vínculos entre semejantes se tornasen en un lazo entre contemporáneos, al no poder compartir la inmediatez espaciotemporal.

El carácter imprevisto y lesivo de la pandemia, y su inherente política de confinamiento doméstico, además de la carencia de un *acervo de conocimientos* que habilitara a los sujetos para enfrentar la nueva situación, transformó la vida cotidiana de modo tal que lo *aprobématico* se tornó problemático. El avance del conocimiento científico sobre las fuentes de contagio, prevención y tratamiento —y su reproducción y difusión a través de varios canales mediáticos y digitales— finalmente desembocaron en la edificación y reproducción de nuevos acervos de conocimientos configurados para afrontar las necesidades prácticas. El empleo del gel de limpieza para manos, el uso del cubrebocas y el mantener una distancia entre las personas con las que se interactúa, significaron nuevas modalidades de intersubjetividad y de interobjetividad y una nueva relación con actantes no humanos. En este sentido, el uso de redes digitales y plataformas con el objetivo de mantener el vínculo con familiares y amigos, y, especialmente, para desarrollar actividades profesionales y educativas evidenció, de nueva cuenta, la relevancia de dichos actantes en las sociedades contemporáneas.

Para varios de los informantes, la experiencia pandémica representó una perturbación que desencadenó una angustia estructural y resquebrajó la certeza de su propia sobrevivencia, la de los seres queridos y la continuidad del mundo tal como se conocía. Empero, es importante destacar que, a dos años y medio de haber iniciado la política espacial de bioseguridad en México, algunos informantes que paulatinamente han recuperado el ritmo de la vida cotidiana prepandémico han señalado lo siguiente:

Veo con mucha nostalgia esos tiempos de pandemia, como nos acostumbramos a estar en la casa, a como dejar en pausa la cuestión laboral, en mi caso de pronto añoro que volviéramos a estar en pandemia, es como muy loco, ¿no? Digo ¿cómo puedo desear eso cuando fue algo tan fuerte, de pronto así me pasa. Ahora algo que yo disfruto muchísimo es caminar otra

vez hacia la salida de la unidad habitacional rumbo a mi trabajo, es así como que me dieran una paleta, eso me hace muy feliz, es como ambiguo (F. Ramos, comunicación personal, 20 de julio de 2022).

Además de este testimonio, otros más han resaltado que el periodo de confinamiento representó la oportunidad de dedicarle más tiempo a la familia, al descanso, a revalorar las relaciones presenciales y fue una coyuntura donde se afianzaron vínculos sentimentales con quienes se corresidía (G. Vilar; A. Karam; F. Hall; V. Pacheco; M. Cerva; P. Pacheco; S. de la Fuente; A. Jiménez). Esto revela que los significados atribuidos a la dinámica pandémica están delineados por la particularidad de las condiciones materiales y subjetivas de los agentes. Cabe destacar que el propósito de esta investigación y este artículo ha sido analizar la vivencia de la pandemia en el seno de la vida cotidiana no con un criterio cuantitativo, representativo, sino cualitativo, reconociendo que los testimonios brindados no son generalizables. Una veta pendiente de explorar yace en el análisis de la dimensión emocional y sensorial, en el marco de la cotidianidad durante la fase de confinamiento, con base en la premisa de que dicho plano se erige socialmente y, por lo tanto, está pergeñada por estructuras y formas de relacionalidad, y constituye un componente insoslayable en los procesos de significación del mundo social.

REFERENCIAS

- Cantó, N., González Battllebó, I., Martínez, R. et al. (2021). Distanciamiento social y COVID-19. Distancias y proximidades desde una perspectiva relacional. *Revista de Estudios Sociales* 78, 75-92. <https://doi.org/10.7440/res78.2021.05>
- Cortés, P. (12 de agosto de 2020). La crisis de desempleo que dejó la COVID-19 en México es más profunda de lo que aparenta: expertos. *Sin embargo*. <https://lc.cx/1z9kUG>
- Consejo Nacional de Humanidades, Ciencias y Tecnologías (CONACYT). COVID-19 México. (s.f.). *Información general*. <https://lc.cx/Cqi-x6>
- Deloya, J. (10 de marzo de 2022). ¿Qué tan grande es el rezago educativo derivado de la pandemia? *Forbes*. <https://lc.cx/GiQwMO>
- Elias, N. (2010). *Sobre el tiempo*. Fondo de Cultura Económica (FCE).
- Gálvez, M. (24 de julio de 2021). La otra pandemia: 13,631 mujeres huyeron por violencia de enero a mayo de 2021. *Expansión política*. <https://lc.cx/hy7ylO>
- Giddens, A. (1998). *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Amorrortu.
- Heller, A. (2002). *Sociología de la vida cotidiana*. Ediciones Península.
- Latour, B. (1998). *La tecnología es la sociedad hecha para que dure*. En Domènech, M. y Tirado, F. (coords.). *Sociología simétrica* (pp. 109-141). Gedisa.
- Lindón, A. (1999). *De la trama de la cotidianidad a los modos de vida urbanos. El Valle de Chalco*. El Colegio de México.

- Lindón, A. (2014). *El habitar la ciudad, las redes topológicas del urbanita y la figura del transeúnte*. En Sánchez, D. y Domínguez, L. Á. (coords.). *Identidad y espacio público* (pp. 55-95). Gedisa.
- Lussault, M. (2005). *El hombre espacial. La construcción social del espacio humano*. Amorrortu.
- Pastrana, D. (30 de mayo de 2020). Termina la Jornada Nacional de Sana Distancia... pero no la emergencia. *Pie de página*. <https://lc.cx/erlz3U>
- Prost, A. (1989). Fronteras y espacios de lo privado. En Ariès, P. y Duby, G. *Historia de la vida privada. De la Primera Guerra Mundial hasta nuestros días*, (Vol. 5) (pp. 10-129). Taurus.
- Simmel, G. (2015). *Sociología: Estudios sobre la forma de socialización*. FCE.
- Schutz, A. (2003). *Estudios sobre teoría social*. Amorrortu.
- Schutz, A. y Luckmann, T. (2003). *Las estructuras del mundo de la vida*. Amorrortu.